

MIGRACIONES

Para "TAPEJARA"

Nadie puede afirmar con certeza quiénes fueron los primeros seres humanos que habitaron el suelo americano; como ninguno puede decir de dónde y cuándo estos primeros hombres vinieron, ni si ellos tuvieron origen aquí.

Innumerables teorías, conocidas por el lector amante de investigaciones, han sido expuestas para explicar la presencia de los aborígenes. Muchas teorías parecen poseer brillantes argumentos para afirmarlas, pero si las estudiamos con espíritu atento, verificamos que casi todas pueden ser fácilmente rebatidas.

Así, en el deseo de ofrecer el pro y el contra de conclusiones teóricas sobre este particular, diremos que los marsupiales, que se encuentran en América y en Australia, nos darán los argumentos para afirmar que hubo una conexión prehistórica entre ambos continentes.

De la misma o semejante manera, como las únicas especies vivientes de tapires se encuentran en América y Malasia, podrían certificarnos de una antigua y directa relación entre esas dos partes del mundo.

Por otra parte, podemos decir que como los camellos, los elefantes, los rinocerontes y los hipopótamos se encuentran solamente en África y en América.

Podemos, sin embargo, recordar que, aunque no exista ser viviente representativo de esos animales en el nuevo mundo, hubo muchas especies que habitaban en América en los días prehistóricos, como se ha probado por medio de restos fósiles.

La presencia de algún grupo de animales en áreas distantes y separadas, prueba que, por ciertas razones desconocidas, algunos individuos o especies de su grupo escaparon de la total extinción sufrida por otros grupos. También, en muchos casos, la evo-

lución, el medio ambiente y otras causas, modificaron las características de los descendientes del grupo original, que son apenas reconocibles. Así las llamas, las alpacas, las vicuñas y los guanacos son todos camellos, aunque diferenciados del camello común en su aspecto exterior.

No debemos olvidar que hay muchas más formas comunes en América, Asia y Europa de las que, comparativamente, en África, o Australia y América. Nuestro bisonte y el bisonte europeo están estrechamente relacionados. El venado americano es indistinguible frente al reno de Asia y de Europa para el observador común. El alce americano y el alce del viejo mundo son muy parecidos, y hay pocos mamíferos y pájaros de Europa y de Asia que no estén estrechamente relacionados con especies de América.

Pero es un hecho significativo que, con pocas excepciones, todas esas especies distintas tengan características parecidas, que deben haber requerido infinitas edades para su desarrollo.

Esto demuestra, sin duda, que algún punto terrestre directo debió existir entre el nuevo y el viejo mundo, en tiempos remotos, mucho tiempo antes de la presencia del hombre.

Tenemos también pruebas en contrario, en algunas especies de pájaros. Los colibríes se encuentran en América, así como el tucán, el quetzal y muchos otros pájaros; en cuanto al calao, el ave del paraíso, la abubilla y otras familias habitan únicamente en el viejo mundo.

Esto es sorprendente, una vez que los pájaros migran y viajan a mayores distancias que los mamíferos, y no están obligados, por la naturaleza, a seguir rutas trazadas en la tierra.

Nadie puede explicar por qué tales pájaros, como los co-

libríes, deban encontrarse confinados a uno de los hemisferios, en tanto que los papagayos, que no tienen la facilidad de vuelo de los colibríes, se encuentran en todas partes del mundo.

Cuando buscamos las pruebas de las migraciones del hombre y su origen, al estudiar la fauna de varios países, nos enfrentamos con hechos que se presentan como verdaderos rompecabezas.

Prescindiendo de los problemas y teorías que tratan estas cuestiones, digamos que las razas americanas prehistóricas no fueron superadas por otras de su tiempo.

Pruebas para afirmar nuestras conclusiones, entre otras, tenemos el calendario maya, invento comparable al calendario gregoriano; los cálculos astronómicos exactos, efectuados por los aztecas y los mayas, no superados por otras razas de entonces; la asombrosa escritura de los mayas; los muros ciclópeos y los edificios de las razas pre-incásicas; las industrias textiles que produjeron los antiguos peruanos, las carreteras y las maravillosas obras de ingeniería de los incas, que, frente de estas razas primitivas, razas que aún no sabemos de dónde vinieron o cómo originaron, y que merecen nuestro más alto respeto y nuestra profunda admiración.

Francisco Pablo Labombarda

Director del Instituto de Cultura Americana — Miembro honorario del Centro Intelectual "Euclides da Cunha", Brasil — Miembro correspondiente de la Sociedade de Homens de Letras do Brasil — Miembro correspondiente de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay — Redactor del periodico "Letras do Provincia", Limeira, Brasil — Corresponsal del diario "El Herald", Colombia.